

## **Bienaventurados los pobres...**

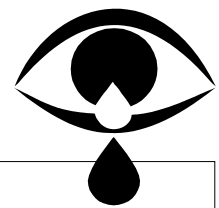
Mientras paseo por una calle desierta, un muchacho aparece de pronto ante mí. El chiquillo tiene el brazo con la mano abierta y me dice en voz baja: “Señor... tengo hambre”. Voz dura, oscura, madura. No la de un mendigo que intenta despertar la compasión, es la voz de un ser humano, la voz de un niño que tiene hambre.

Instintivamente, quiero buscar en el bolsillo algunas monedas, pero mi mano no me obedece: extrañamente, pierdo el control de mi cuerpo. Las palabras del chiquillo y, sobre todo, su voz me han paralizado, me han llenado de indignación y de tristeza. Petrificado, ni puedo apartar mi mirada de la mano que parece acusarme de todos los pecados que ha cometido desde que el primer hombre se apartó de su hermano.

“Señor, tengo hambre” repite el chiquillo. Me gustaría preguntarle su nombre, no sé como. Juanito, Alfonso o José... quiero de nuevo, entregarle lo que tengo en el bolsillo y de nuevo mis dedos se niegan a moverse.

La escena duró sólo unos segundos... creyendo que me niego a escucharle el muchacho desaparece. Y sólo entonces salgo de mi pasmo. Los latidos de mi corazón son tan violentos que podrían despertar la ciudad dormida.

Me pongo a llamar a Juanito, a José y a Alfonso, grito que vuelvan, que quiero darle lo que tengo e incluso lo que no tengo, que deseo hacerle comprender como odio las sociedades donde los niños se ven obligados a mendigar el pan, pero es inútil. Nunca he vuelto a verte. No, lo corrijo: cada vez que estoy frente a un restaurante tengo la impresión de tropezar con él. Tiene cien rostros y cien nombres distintos y sigue teniendo hambre.



### **Palabra de Dios**

Dirigiendo la mirada a los discípulos, les decía:

Dichosos los pobres, porque el reinado de Dios les pertenece.

Dichosos los que ahora pasáis hambre, porque seréis saciados.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

Dichosos cuando os odien los hombres y os destierren, os insulten y denigren vuestro nombre a causa de este Hombre.

Saltad entonces de alegría que vuestro premio en el cielo es abundante. Del mismo modo trataron sus padres a los profetas.

(Lc 6, 20 –24)